

Reconocimiento como hilo conductor

Dora Elvira García

Raúl Alcalá Campos, *Pluralismo y diversidad cultural*.
México, UNAM, 2015.

Hoy día, ante los eventos de exclusión y racismo que se muestran en el panorama no sólo internacional sino también nacional, hablar de pluralismo se convierte en una cuestión obligada. Por ello un libro cuyos temas sean las relaciones interculturales en el marco de la pluralidad y la diversidad cultural se despliega como una exigencia.

La tarea a la que se aboca este libro que nos ocupa es llevar a cabo una reflexión de carácter filosófico partiendo desde su carácter social y mediante un camino que se pavimenta con los temas de la pluralidad y la diversidad cultural tan relevantes en la actualidad, sobre todo, ante la hegemonización cultural prevaleciente. Los reclamos en torno a la construcción de la propia identidad, del reconocimiento de otras cosmovisiones y de la aceptación de diversas formas de conocimiento, constituyen puntos de partida ineludibles para poder hablar de un pluralismo. Éste se basa en la consideración de la diferencia entre las culturas y, a la par, en la igualdad entre ellas, lo cual significa que ninguna cultura es superior a las demás.

Con estos temas que recorren el conjunto de textos que conforman este libro es como Raúl Alcalá teje sus reflexiones, intercalándolas con otros temas vinculados entre sí. Con ello, el conjunto de doce ensayos que se plasman en este libro, van desde lo que son creencias, valores y razones, pasando por el carácter social de lo simbólico, el sujeto multicultural, la sociedad del conocimiento, el humanismo, la identidad y la diversidad, la ética en las relaciones interculturales, el diálogo, la conversación y el acuerdo, la diferencia y multiculturalismo, todos ellos traspasados por el asunto del pluralismo. La variedad de temas que van apareciendo en los diferentes capítulos son engarzados por la cuestión del reconocimiento que se constituye como hilo conductor que articula los temas que comprenden el presente libro. Este concepto se presenta desde el inicio y hasta el final, al grado que quizás podríamos decir que el título habría de haber recogido dicha referencia al reconocimiento. El

concepto de reconocimiento implica otras visiones del mundo que juegan un papel importante para la construcción de la identidad —en tanto es a través de los ojos de los otros en una justa consideración—, mediante la narratividad de nuestra historia y mediante la prospectiva de un proyecto como construimos dicha identidad.

A partir de estos temas, Raúl Alcalá discute con una multiplicidad de autores de diversas latitudes y tendencias, según la temática de la que se ocupe. Aparecen en el escenario discursivo y de debate del texto pensadores como Gadamer, Ricoeur, Huntington, Sartori, Levinas, Carlos Lenkersdorf, León Olivé, Luis Villoro y Ambrosio Velasco, entre otros.

Desde el inicio del presente libro se evidencian las herencias de Luis Villoro, y en concreto se aborda uno de los temas presentes en sus reflexiones: los valores. Raúl Alcalá distingue dichos valores, de los principios o máximas, así como de las normas; y el punto de partida del libro tiene su razón de ser dado que son estos valores los elementos cohesionantes de una sociedad y si bien —como señala el autor— no podemos definirlos, sin embargo, sí podemos dar razones razonables para defenderlos y aceptarlos. De este modo, los valores son el punto eje en las consideraciones en torno al pluralismo y la diversidad cultural vinculadas con la argumentación. Estas cuestiones que se apuntan al final del primer capítulo dejan al lector con deseos de mayor desarrollo y mayores problematizaciones.

Los valores sirven de vínculo con la temática del segundo capítulo que versa sobre creencias y que se manifiestan a través de valores con un carácter compartido que pueden aceptarse como símbolos con un carácter social. Esto significa que los valores contienen una parte semántica que permite ser analizados desde una consideración de significación y de interpretación, además de un excedente de sentido, en términos de Paul Ricoeur. La apertura que propicia la parte hermenéutica permite el diálogo y la escucha con otros, de manera que con ello se posibilita compartir algunos símbolos que son, en palabras del autor, “nuestro punto de partida y a la vez nuestro punto de llegada con una nueva comprensión, es decir, en una comprensión enriquecida” (p. 52). Es en ese sentido que el pluralismo y el modelo pluralista defienden la diversidad que lleva a cabo una interrelación mutua sin que prime ninguna cultura. Con esto se comprende al sujeto plural desde un marco en que se señala la diversidad de maneras de comprender al mundo, a partir de la tolerancia y el diálogo sin asimilarse unas culturas y unos sujetos a otros. Por ello es que siguiendo el argumento de Alcalá es posible hablar de un sujeto plural y no de un sujeto multicultural, en tanto este último —como el autor explica— no existe. Apunta que lo que “existe es una visión multicultural del sujeto” (p. 66).

El sujeto multicultural sería un ideal y, por ello, es relevante la conexión que se lleva a cabo entre las diversas formas de conocimiento. Estas formas

que ha generado la sociedad del conocimiento en tanto productos sociales y comunales no siempre se han respetado y en muchas ocasiones han acabado siendo productos del mercado. Entonces aparece un dilema que en realidad es un falso dilema, dado que podemos incorporar la pluralidad cultural y la sociedad del conocimiento de manera conjunta y a partir de que es preciso hablar de sociedades del conocimiento por la pluralidad de comunidades existentes. Reconocer los conocimientos ancestrales que van aparejados con el mismo lenguaje y la construcción de la identidad nos permiten pensar en el humanismo en el marco de lo diverso. Pensar en la homogeneización generalizada y global alude no necesariamente a la búsqueda humanizante desde las mismas culturas. Esto significa –como señala nuestro autor– “que las manifestaciones culturales de los otros pueblos nos proveen de una abanico de nuevas posibilidades para la construcción de nuestra identidad” (p. 89) desde el pasado y hacia el futuro como proyecto y siempre a partir de un reconocimiento verdadero. Tal reconocimiento como principio moral obliga a la interculturalidad y la multiculturalidad que se apoyan en la construcción de lo propio. La transgresión a esta propuesta de interculturalidad evidencia para Alcalá, un problema de decadencia moral que ha de sumarse a las cuestiones demográficas, económicas y políticas y, aún más, un problema de decadencia social que genera la decadencia moral.

El debate en torno del multiculturalismo no se hace esperar cuando se enfrenta al pluralismo. Parece que hoy día estas preocupaciones se han disipado, sin embargo, no está de más aclararlas, sobre todo, en un texto sobre pluralismo. Ambas realidades no se contraponen y por ello el autor rechaza la postura de Giovanni Sartori y sostiene que el problema de éste último radica en que no toma en cuenta la posibilidad de mundos ancestrales y originarios, además de pensar el multiculturalismo de manera normativa.

Con Villoro ampara la pluralidad de la razón que evidencia la multiplicidad en la comprensión de la realidad, defendiendo que el mundo histórico no tiene un centro, sino que en un mundo plural cualquier sujeto constituye un centro. Desde ahí se apela a la alteridad que es negada cuando de dominio se trata, rompiendo la posibilidad de reconocer a los otros como otros y en un marco común que cancela el diálogo. Y es en este marco común en el que el diálogo aparece de manera necesaria, como se señala a través de otros autores como Gadamer.

Pensar, como lo hace Alcalá sobre la diversidad cultural, implica efectivamente su carácter descriptivo, sin embargo, en la vertiente valorativa que apunta a que todas las culturas son respetables, aquí hubiera merecido un debate más profuso; porque afirmar esto último cuando se vislumbra el dolor, la violación sistemática a la dignidad y a los derechos humanos o la injusticia, en este caso ¿tal cultura es realmente respetable? Soportar, como lo señala

Thiebaut no es lo que se busca en la interrelación entre culturas, sino como lo defiende nuestro autor, se requiere de la comprensión del otro que muestra la solidaridad. Una cultura así es evidentemente respetable pero no otras que rompen este principio.

El libro cierra con tres textos que rondan los temas mencionados vinculados con el mundo indígena. Así lo evidencian los escritos sobre valores y conocimiento en el mundo indígena, movimiento indígena y el papel del intelectual, y pertenencia e identidad en el movimiento indígena. Estos últimos textos evidencian con fuerza la orientación hacia la realidad de los indígenas que a lo largo del texto se esboza, pero que hacia el final del libro es colocada explícitamente en los últimos cuatro ensayos. Los temas recurrentes a lo largo del libro como son el reconocimiento —en tanto verdadero como falso—, la identidad y la alteridad, vuelven a aparecer con fuerza en estos ensayos finales. Así sucede con el concepto de otredad considerado desde Alcalá y con Levinas. Por ello, de especial atención son los temas del mundo indígena que se expresan en este libro desde la imagen de la misma portada que, a la par que muestra lo diverso presenta asimismo símbolos y colores propios del mundo indígena. En este mismo sentido y en relación con los temas de valores y conocimiento en el mundo indígena, se alude a los filósofos mexicanos de inicios del siglo XX que trabajaron sobre estas temáticas. Se busca señalar la relevancia de mostrar el mundo indígena para con ello exponer y ampliar el espacio público en el que se encuentran ubicadas las comunidades indígenas y sus instituciones. Y tales comunidades constituyen un espacio de aprendizaje vivencial fundamental, como lo apuntaba Carlos Lenkersdorf en sus investigaciones sobre la cultura tojolobal. La responsabilidad en conjunción con el tema de la fraternidad muestra el carácter comunitario del proceso educativo, basado en valores compartidos. De ahí que el conocimiento generado en las comunidades indígenas tenga una razón y una pretensión comunitarias.

Las formas literarias presentadas en el penúltimo texto que lleva por título “El movimiento indígena y el papel del intelectual” da cuenta del libro que dio fama a Luis Villoro sobre los momentos del indigenismo. La idea que presenta el autor —con Villoro y a su vez retomando a Gamio—, desarrolla la antinomia cultural que presenta la disyuntiva de liberación o sojuzgamiento del indio y, lo que buscan ambas posibilidades —diría Villoro—, es que el indio permanezca esclavo. La posición de Alcalá en esta cuestión postula que la respuesta ha de plantearse tanto fuera como dentro de lo indígena, en tanto “se elige por él, pero en todo momento deberá el indio ratificar o no tal elección” (p. 138). Ha habido reformas en las leyes que han dado paso a ciertos logros aunque como se sabe, no siempre se han considerado todos los acuerdos propuestos, como fue el caso de México en los Acuerdos de San Andrés Larráinzar. Se reconoce el Estado como pluricultural y se genera el reconocimiento de los

pueblos indígenas —precisando con Ambrosio Velasco— que la tradición republicana permite integrar el multiculturalismo a la vida democrática. Desde ahí es que el autor apunta la relevancia de lo cultural aparejado a la manifestación política y social. Tal expresión cultural es mostrada por nuestro autor a través de ejemplos con cuentos, poesía y narraciones que evidencian la expresión de la exclusión, la incompreensión y la justificación de situaciones vividas por dichos grupos indígenas. El autor cierra estas narraciones señalando que el intelectual o el científico social nos señalan que hay diversas formas de ver y entender el mundo, y desde ahí es posible el rescate de valores y acciones del mundo indígena. Sin embargo, y con esto cierra el presente libro, con un último texto que asienta que no se trata únicamente de la defensa de los indígenas por los no indígenas sino por ellos mismos, como ha sucedido ya en países como México y otros de Latinoamérica. Existen movimientos organizados liderados por indígenas que se han transformado en sujetos políticos más que en sujetos de política (p. 155). Con esto y con el debido reconocimiento habrá de ser posible construir una identidad emanada desde dentro de los mismos indígenas y no sobrepuesta.

La prevalencia de lo comunitario logrado desde acuerdos generados a partir de la escucha no borra la posibilidad del desarrollo de los individuos (p. 157) porque en el acuerdo emana desde que se forma parte de esa comunidad con la conciencia de pertenencia en ella.

Con todo lo dicho de manera muy breve es que podemos señalar que el texto *Pluralismo y diversidad cultural*, de Raúl Alcalá, merece ser leído y estudiado por quienes quieran acercarse a los temas que siguen siendo tan relevantes como son el del pluralismo y el de diversidad cultural.